

PEDRARIAS O DE LA FRUSTRACION

-Las informaciones son contradictorias, dijo el noble personaje, Fernández de Enciso lo acusa de haber usurpado sus poderes, de haber sublevado a sus gentes y a cuya causa ha arruinado su fortuna. Los acreedores de La Española le han demandado ante las autoridades y éstas exigen su presencia en la isla para que purgue sus penas.

Hizo una pausa, se acomodó mejor en su sillón, dibujó una leve sonrisa y luego continuó: De otra parte su emisario sostiene con firmeza y juramento que fue él quien salvó a los expedicionarios de una total catástrofe, que fue él quien guió a los sobrevivientes de Casilla del Oro y al propio barco de Enciso hacia larién. Que fue iniciativa de las tripulaciones y la demás gente reconocer a Nuñez de Balboa como su capitán. Sostiene así mismo y el hombre parece sincero, que fue gracias a Nuñez de Balboa, que los españoles han fraternizado con los nativos y éstos han entregado sin resistencia y en señal de amistad buan cantidad de joyas de oro.

-En favor de este discutible joven, continúo como quien dicta sentencia, está también el hecho de su demostración de lealtad a la corona, de honradez con respecto al quinto de la corona, pues con prontitud y diligencia ha enviado la parte correspondiente. Piense Ud. caballero, puso énfasis al dirigirle la mirada, que por fin la corona, por inesperada acción de un joven desconocido, quizá un valiente y fiel servidor del reino, comienza a recibir los esperados frutos de las Indias Occidentales. No, no es poco lo que la corona ha gastado, en circunstancias tan apremiantes. Es cierto que el descubrimiento de la nueva vía a las Indias han dado tierras y a fama a los reinos de Aragón y de Castilla, pero no es menos cierto, mi querido amigo, que el tesoro real no ha recibido casi nada y las arcas reales no se alimentan con fama y esperanzas.

Hizo una nueva pausa y ante el silencio de su interlocutor continuó:

-Este leal súbdito, quizá no tan culpable de sus aprietos económicos en La Española, se propone ahora prestar grandes servicios a la corona. Propone ir a descubrir, hacia el Sur de Panamá, un nuevo mar, de cuya existencia le han dado fe los caciques y nativos de esa región. Más todavía se propone conquistar para España un rico reino llamado algo así como Virú o Perú.

-Pero como podréis comprender, volvió a mirarle, la corona no puede proceder a la ligera, no puede acceder al pedido de este joven. No puede poner en manos no confiables por entero, una empresa de esta envergadura. Poner a sus órdenes mil o más hombres, barcos y vituallas, no, no es posible.

Hizo una nueva y más prolongada pausa y suavizando el tono de vos  
dijo luego:

-Por eso es que os he llamado, porque gozáis de la confianza mía  
y el aprecio de la corte y deseo poner en vuestras manos esta gran  
empresa. Vuertra firmeza de carácter unida a vuestra ecuanimidad y  
tino, pondrán orden entre esos hombres. Vuestra voluntad y el respe-  
to de la gente que os rodeará será garantía de que llevéis a feliz té-  
rmino la misión que os confío. Vos, un noble caballero seréis quien  
descubra ese mar y ese reino, vuestro triunfo será la gloria de España.

+++

Pedro Arias Dávila, quieen pasaría a la historia con el nombre abre-  
viado de Pedrarias, ante la disyuntiva que, de modo pertinaz, atormentaba la mente de cada español de comienzos del XVI, entre las comodi-  
dades y tranquilidad de su buena hacienda, buena casa y mejor mesa y  
el dudoso destino de las aventuras de ultramar, hace tiempo que, sin  
remordimiento de conciencia, había optado por lo primero. Hombre ajeno  
a preocupaciones innecesarias, meticuloso y hasta calculador, ya entrado  
en años, además, no andaba en busca de aventuras y estaba lejos de su  
mente el soñar en las Indias Occidentales.

-Pero hoy es distinto, mujer -respondió a su airada dama, quien no  
alcanzaba a comprender cómo su marido, su tímido Pedro, haya tomado  
semejante decisión y que sobre todo lo haya tomado sin consultarle pre-  
viamente, por más que haya sido el rey en persona quien le haya pre-  
puesto.

-No, no se trata de una loca aventura, ni mis años ni mi carácter  
me dan para eso. Yo no me prestaría para empresas riesgosas. Su majes-  
tad tiene informaciones precisas. Desea que un noble caballero tome  
posesión de un nuevo mar y un fico y desconocido reino, lleno de rique-  
zas. Los nativos conocen el camino, sólo se necesitan un número apro-  
piado de personas y otros recursos, lo demás, serán formalidades.

-Cuántos nobles caballeros, prosiguió con énfasis y sobreponiéndose  
a las expresiones que se dibujaban en la cara de su mujer, no me envi-  
diarán! Cuántos de ellos no se habrían sentido altamente honrados por  
su majestad al confiarles tan importante empresa.

- Y nosotras? Yo y tu hija, qué va a ser de nosotras?

- Pues esperaréis como las esposas y las hijas de los otros nobles  
caballeros que han ido a las Indias. Es más, aunque iré con el título  
de gobernador, mi misión es concreta: descubrir el mar y conquistar ese  
reino. Será obra de uno o dos años. El rey me ha promedido suficientes  
hombres y elemntos. Volveré pronto y volveré con gloria, con honores y...  
con más fortuna.

Se oye un gemoteo pero Don Pedro, con fingida energía, continúa:  
-A mi regreso el monarca me concederá un título, probablemente  
conde... quizás duque. Puedes imaginártelo, señora, las oportunidades  
que todo esto brindará a nuestra hija para un buen matrimonio? Y  
tú misma con cuántas consideraciones y respeto serás recibida en  
la corte, con los honores propios de una señora condesa, quizás de una  
señora duquesa!

+++

Don Pedro Arias Dávila destinado a descubrir el nuevo mar, elevó  
anclas, tal como le había prometido el monarca, con una espléndida  
flota, más de mil hombres y abundantes víveres y pertrechos. Iba  
como el genovés en busca de lo ignoto, iba a algo cierto y solemne,  
a tomar posesión en nombre de su majestad, de un nuevo mar y un nuevo  
reino! No iba a ser un extranjero sino un español, un caballero y no-  
ble -por añadidura- el que conquiste nuevos laureles y tesoros para  
la corona de Fernando VI

-La Providencia, el rey y mi destino me han deparado una inmensa  
gracia, dijo al capitán del barco insignia mientras tomaban mar hacia  
el poniente. Demostraré de lo que soy capaz, afrontaré con entereza  
y valentía este reto del destino. Volveré a España como el descubri-  
dor, como el gran conquistador que la corona y el rey necesitan para  
la honra de España.

+++

Hay agitación en ambos lados de la orilla. En los barcos comienzan  
los bulliciosos preparativos para el desembarco; en Darién se desbor-  
da la alegría ante la llegada de los refuerzos pedidos por Nuñez de  
Balboa.

- Que gran rey nuestro amado Fernando Quinto!, exclama emocionado  
Nuñez de Balboa, con cuanta rapidez y cuánta generosidad ha correspon-  
dido a mi humilde pedido.

Los de tierra se aprestan a recibir a sus camaradas. Traerán noti-  
cias de la lejana patria, quizás alguna carta, muchos podrán saber  
algo acerca de sus esposas, sus hijos o sus madres.

Nuñez de Balboa se acicala lo mejor que puede para recibir a sus  
futuros ayudantes y lugartenientes. Después de tantos años de haber  
abandonado España, después de que la travesía por la selva convirtió  
sus ropas -modestas, desde luego, porque es un hombre surgido de la  
entraña del pueblo- en destellos andrajos, sólo su gallardía física,  
su talante de valiente y de audaz va a permitir que los que desembar-  
quen lo reconozcan como el capitán.

Pedrarias, el gobernador, deshaciéndose de la fatiga y el tedio de los largos y monótonos días de la larga navegación, se incorpora al movimiento. Debe desembarcar con toda solemnidad, con todos los atavíos de su rango. Desde el primer instante, desde que pónga pie en tierra tiene que imponer su autoridad.

El plan es perfecto: imponer su autoridad, exigir obediencia y subordinación, mostrarse magnánimo y condescendiente con el peligroso rebelde, obtener toda la información que posea acerca de ese famoso mar y el reino del Dorado y luego... tomarle cuentas de sus fechorías anteriores. Ronocida así su autoridad todo lo demás será muy fácil, podrá entonces emprender su gran misión.

Se ha iniciado el desembarco. Civiles y ex soldados con ropas nuevas y uniformes relucientes comienzan a formar filas. Los de tierra avanzan a la playa y también forman filas. Vasco Nuñez de Balboa siente que se acerca otro día de grandeza, sabe que debe recibirlos con la hidalguía de un conquistador, de un hombre que sabe dirigir a los valientes y dominar a la naturaleza.

Pedro Arias Dávila, que ya ha puesto pies en tierra, comienza a amanzar lentamente, tratado de erguirse más de lo que sus años y artritis le permiten.

-Viva el señor Gobernador!, vitorean estentóreamente los recién llegados.

Sorpresa indecible en el ánimo de Nuñez de Balboa. Confusión y desencanto entre sus hombres.

El escribano avanza hacia el lado de los colonos y lee con voz fuerte y nerviosa el decreto del rey, por el cual nombra a Pedro Arias Dávila, gobernador de Panamá y ordena se le ofrezca toda obediencia.

Terminada la lectura del decreto, Pedrarias, poco acostumbrado a pronunciar discursos y menos aún en circunstancias de someter quizá a una tropa de forajidos, venciendo gran dificultad para hablar, alcanza a decir:

-Su majestad me ha confiado, además, la gran misión de descubrir el nuevo mar, de conquistar es rico reino del Perú.

Una ola de murmullos, entre sonrisas burlonas, se propaga por el grupo de colonos.

-Silencio, grita el oficial mayor.

-Pero señor, levanta la voz Nuñez de Balboa, ese mar que vos decís, nosotros ya lo descubrimos, es un maravilloso mar océano!